

Mas su heróica firmeza satisface
 Del irritado cielo la venganza,
 Y en acercar benigno se complace
 El término feliz de su esperanza:
 La negra nube en lluvia se deshace;
 Recobra el mar su plácida bonanza;
 Y en breve zumba hácia el confin remoto
 Confuso el trueno, ensordecido el Noto.

En sus rápidas alas conducida
 Huye la tempestad; y alzando el vuelo
 El Aquilon acósala en su huida,
 Despejando veloz el ancho cielo:
 Y al ver que el alba, de jazmin ceñida,
 Rasgaba de la noche el negro velo,
 Encoge el duro aliento, y da suave
 Plácido impulsó á la ligera nave.

Dispersas todas por el ancho lago
 Las mira el Conde, al despuntar el dia,
 Que aun mal seguras del tremendo amago
 Tímidas siguen la azarosa via;
 Mas reparar ansiando el grave estrago,
 La hueste y chusma anímanse á porfia;
 Y en breve olvidan riesgos y pesares,
 Sulcando alegres los tranquilos mares.

FRAGMENTO QUINTO.

Agüeros pavorosos en África. — Prediccion del
 Alfaquí. — Aprestos de defensa.

Ya el cielo que al perínclito guerrero
 La corona del triunfo preparaba,
 Con tristes signos de fatal agüero
 Luto y horror al África anunciaba;
 Mas al cumplirse el plazo postrimero,
 Su adusto ceño de mostrar acaba,
 Cual lo vió un dia con asombro el mundo;
 Y la Atlántica hundióse en el profundo.

El vasto mar luchando turbulento
 En sus cóncavos senos cavernosos,
 Amenaza con ímpetu violento
 De la ciudad los muros orgullosos:
 Con débil planta y desigual aliento
 Huyen ancianos, jóvenes, esposos;
 Conduciendo la madre palpitante
 En sus brazos de amor al tierno infante.

Bajo la inmensa turba desaparece
 El valle, la colina, la alta sierra;
 Cunden las turbias olas, y parece
 Que huyendo va la contrastada tierra:
 A un tiempo su cimiento se estremece
 Al duro embate y poderosa guerra,
 Y en sus cimas arranca el raudo viento
 Rocas y troncos del eterno asiento.

En la anchurosa playa desatado
 El huracan su furia desenfrena;
 Y en veloz romolino trasformado,
 Montes levanta de menuda arena:
 Ya gira, ya se arrastra, ya aprémiado
 Por la inmensa balumba hórrido suena;
 Ya, venciendo su grave pesadumbre,
 La arroja del *Morábito* á la cumbre.

Todo horror, todo asombro: macilento
 Su escaso resplandor el sol envia;
 Y en vagas nubes de color sangriento
 Lides retrata, al fenecer el dia:
 Fatal cometa cruza el firmamento,
 Rompiendo el manto de la noche umbría;
 La flamígera crin en torno tiende,
 Y cual inmensa hoguera el cielo enciende.

Y es comun voz que á su reflejo oscuro
 En la encantada torre al mar vecina,
 Do el conde don Julian gozó seguro
 El premio vil de su traicion indina,
 Vaga en custodia del hendido muro
 Pálido Espectro en la desierta ruina;
 Y al trémulo fulgor de opaca tea
 Disípase la Sombra gigantea.

A tantos signos de terror y espanto
 Falta el esfuerzo á la africana gente;
 Y con tímida voz y débil llanto
 Implora la piedad de Alá potente:
 En confuso tropel cercan en tanto
 La sacra cueva y misteriosa fuente;
 Y de anciano Alfaquí, sabio adivino,
 Los secretos indagan del destino.

Sobre un monte de escombros, contrastado
 Por las hinchadas ondas, aparece;
 Y de cendal blanquísimo velado
 Su venerable rostro resplandece:
 Profeta de los cielos inspirando
 En gesto, en ademan, en voz parece;
 Hierven sus venas; y su airado acento
 El mar acalla y encadena el viento.

« Bastardos nietos, que cubrís de afrenta
A Muza y á Tarif esclarecidos,
¿Qué mezquino temor os desalienta,
Y os arrastra á mis pies despavoridos?...
Si Alá tremendo su venganza ostenta,
Si su anuncio burlasteis descreídos,
Osad mirar con ánimo sereno
Arder el rayo y reventar el trueno. »

« Con faz tranquila y sosegado pecho
¿No visteis de Granada el triste llanto,
Y el trono de Alhamar rodar deshecho,
Y hundirse las mezquitas con espanto?
Allí el paterno hogar, el propio techo,
Allí las aras del profeta santo
Debisteis defender; allí con gloria
Morir vengados, ó alcanzar victoria. »

« Mas no; que en ocio infame y torpe vida
Visteis triunfar los fieros castellanos,
Y de Boabdil la patria envilecida
Besar esclava sus sangrientas manos:
Y al arrojarse al mar en presta huida
Vuestros hijos y míseros hermanos,
Oyendo el fin de la fatal contienda
Pedís al mar que al África defienda! »

« En vano, pueblo iluso: ya cumplido
Del triste vaticinio el postrer plazo,
Los que el mundo á sus pies vieron rendido,
Verán en su garganta el duro lazo:
Que en el séptimo cielo suspendido
De Alá iracundo el poderoso brazo,
Entrega de Ismael la infeliz tierra
A hierro, á fuego, á destructora guerra. »

« Ministro de su cólera divina
Los duros grillos el infiel quebranta;
Y del vil polvo, amenazando ruina,
Contra el África altivo se levanta:
Tal vez en su delirio ya imagina
La Libia mancillar con torpe planta,
Y en los desiertos montes de la Luna
Buscar del Nilo la escondida cuna. »

« De Alcides las columnas abrazando,
Ya que el Hercúleo Estrecho enseñoera,
Ciego en la cumbre de su orgullo infando
Con el soñado imperio se recrea;
Ya con Europa al África enlazando,
De domar su altivez se lisonjea;
Y el luso audaz y el fiero castellano
A su cetro inmortal tienden la mano. »

« Insensatos!... No en vano Alá potente
 Forjó de rudos montes la cadena;
 Y de Shara defiende el seno ardiente
 Con anchos mares de infecunda arena:
 En nuestra aciaga orilla eternamente
 A derramar su sangre los condena,
 Sin que el eterno muro nunca allanen
 Ni el corazon del África profanen. »

« Mortales, escuchad! que un rayo puro
 De fuego celestial ya se desprende;
 Y á las nubes rompiendo el centro oscuro,
 A mis labios fatídicos descende:
 El velo en que se escondé lo futuro
 Ante mis ojos deslumbrados hiende,
 Y su preñado seno ostenta junto
 Cien naciones, cien siglos en un punto. »

« En sus inmensos términos ya veo
 Agolparse sucesos portentosos;
 Cubrir la mar el pérfido europeo,
 Y asaltar nuestros límites fragosos;
 Tras uno y otro esfuerzo giganteo
 Vacilar los imperios poderosos;
 Y en el firme cimiento mal seguros
 Temblar tronos, alcázares y muros. »

« Árido escollo, nunca salpicado,
 Por lluvia celestial ni clara fuente,
 Por arroyos de sangre acanalado
 Pagará su tributo al mar potente:
 Ora esclavo, ora libre, encadenado
 Verá sobre su cumbre juntamente
 A los hijos del Tajo y del Danubio,
 A los que el Etna espanta y el Vesubio. »

« Allí de Argel el anchuroso puerto
 Entre cárdenas llamas resplandece;
 Y de confusos árboles cubierto,
 Selva ardiendo del Libano parece:
 Mas cual nube de arena en el desierto,
 En hondos remolinos desaparece
 La armada infiel; y solo ven mis ojos
 Tristes reliquias, míseros despojos. »

« Mas el vecino Imperio llora en tanto
 El baldon que sus glorias amancilla;
 Y la regia ciudad con vil espanto
 Allánase á las armas de Castilla:
 Tronchado el cetro y desceñido el manto,
 Ante el bárbaro infiel la frente humilla;
 Y nuevo horror ofrecen, nuevo estrago
 Las venerandas ruinas de Cartago. »

«De Fez el reino con sus propias manos
El seno rasga y la cerviz doblega;
Cúbrese de pendones castellanos
De Orán el puerto, la ciudad, la vega;
De la gran Lepti en los inmensos llanos
Retumba el eco de fatal refriega;
Y cual lago de sangre, pone espanto
El turbulento golfo de Lepanto.»

«Al arma, Musulmanes! que es llegado
El férreo siglo de la eterna ira;
Y nuestro propio Imperio amenazado,
Pendiente el lauro ó la cadena mira...
Mas en alas del tiempo arrebatado
El vasto espacio ante mis ojos gira;
Y cual las ondas que á mis pies se estrellan,
Así cien y cien siglos se atropellan.»

«Al arma, sús, al arma! ¿Qué os suspende?
Ya olvida Alá piadoso su venganza;
Y el brazo protector benigno tiende,
Que á cielo y tierra y al abismo alcanza:
El fuego mismo, que su soplo enciende,
Anuncio es de consuelo y de esperanza;
Que alumbra, no aniquila, cuando muestra
El rayo ardiendo en su potente diestra.»

« ¿ Por tres siglos no vió su eterno muro
La opulenta Salén amenazado,
Y hasta el excelso trono de oro puro
Por la vil planta del infiel hollado?
Mas su orgullo y poder y cetro duro
¿ Qué se hicieron?... Cual monte desplomado
Cayó el infiel; y tres generaciones
Vió el Jordán perecer en sus regiones.»

Dijo: y cual suele al súbito estampido
De inflamado volcan temblar la tierra,
Y el monte en sus entrañas encendido
Lanzar el fuego que su seno encierra;
Así el inmenso pueblo, conmovido
A la inspirada voz de sacra guerra,
Arde en furor; y cual sonante llama
Por los vecinos campos se derrama.

El bélico clamor á un tiempo llena
El dilatado imperio: allí talando
Espesos bosques, la segur resuena;
Allí las largas naves aprestando,
En confuso tropel hierva la arena;
Arden mil forjas; crujen atronando
Cien y cien yunques; y el pendon sangriento
De los hijos de Agar tremola al viento.

Vénse desiertos rústicos hogares,
 Al trance de la guerra abandonados;
 Chozas, cabañas, pueblos, aduares,
 Arden entre las selvas y sembrados:
 Con altísimos pinos y sillares
 Afirmanse los muros quebrantados;
 Y el hondo río su raudal estiende,
 Las torres ciñe y la ciudad defiende.

No lejos de su márgen, oprimidos
 Con ruda argolla y bárbara cadena,
 Los míseros cautivos afligidos
 Hondos fosos escavan en la arena:
 La diestra suspendiendo estremecidos,
 Tal vez recuerdan con amarga pena
 Que á sus hijos del alma, á sus hermanos,
 La tumba están abriendo con sus manos.

Mas tal vez la esperanza lisonjera
 Su pecho inunda en plácido consuelo:
 Ya unidos rompen la cadena fiera;
 Ya unidos besan el nativo suelo:
 En cada nubecilla pasajera
 Una vela cristiana vé su anhelo;
 La mar registran, y les roba el viento
 La vaga nube y el fugaz contento.

FRAGMENTO SEXTO.

Alarde del ejército africano: su caudillo Almanzor.

En regio alarde indómito campea
 El arrogante ejército africano;
 Y en la playa révuélvese y ondea,
 Cual mies mecida en anchuroso llano:
 El confuso rumor de atroz pelea
 Imita el eco hácia el confin lejano;
 Y los fieros bridones reprimidos
 Responden con relinchos y bufidos.

Nunca hueste tan fiera y numerosa
 Vió el África en su bárbaro hemisferio;
 Nunca creyó su frente belicosa
 Tan exenta de extraño cautiverio:
 Y volviendo la vista rencorosa
 Al ancho mar hasta el confin hesperio,
 Torna á ver amagado su recinto
 Y al claro Guadalete en sangre tinto.

Entre la inmensa turba de guerreros
 Señálase por gala y bizarría
 La flor de los valientes caballeros,
 Gloria y columna de Granada un día:
 Patria y hogar abandonando fieros,
 Por no humillarse á la coyunda impía,
 Corrieron á librar de sus furores
 La region de sus ínclitos mayores.

En caballos mas rápidos que el viento,
 De oro y seda labrados los jaeces,
 Su propia gloria y su heredado aliento
 Ostentan los gallardos Alabeces:
 El famoso estandarte dan al viento
 Que al triunfo los condujo tantas veces;
 Y en adargas de Fez áurea corona
 Su regia estirpe y su blason pregona.

De púrpura los ricos alquiceles,
 La argentada armadura en son de guerra,
 Corren al par los ínclitos Gomeles,
 De nuevo hollando la nativa tierra:
 Ansiosos de mas palmas y laureles
 Viólos un tiempo la Nevada Sierra;
 Y hora defienden con invicto pecho
 El propio trono y el paterno techo.

Con rojas plumas y leonados trages,
 Por el sangriento fin de sus hermanos,
 Luce el fiero escuadron de Abencerrages,
 Armados con despojos castellanos:
 En sus adargas bárbaros salvages
 Luchando con leones africanos,
 De divisa les sirven, dando muestra
 Del invencible esfuerzo de su diestra.

En el torvo semblante descubriendo
 Los reprimidos celos y rencores,
 Sus huellas los Zegríes van siguiendo,
 En la lid bravos, si en la paz traidores:
 Las antiguas discordias encendiendo,
 De sus rivales visten los colores;
 Y al natural impulso de venganza,
 En su mano blandir sienten la lanza.

Cogidos los garbosos capellares,
 Descubriendo marlotas de brocado,
 La tribu de valientes Alhamares
 Cabalga altiva á su siniestro lado;
 Verdes plumas y blancos almaizares
 Sobre el casco finísimo acerado,
 Y en los escudos llevan y pendones
 Las cifras de su amor y sus blasones.

No lejos, con galope reprimido,
De fiero bruto la altivez domando,
Sobre el dorado fuste suspendido,
Acaudilla Gazul su noble bando:
Cuando del son del atabal herido,
El duro hierro en el ijar clavando,
En escape veloz el aire azota,
La suelta faja y la gentil garzota.

Hueca retumba la oprimida tierra
Al peso de la hueste numerosa,
Que el vivo simulacro de la guerra
Ostenta en la llanura polvorosa:
Embiste, corre, escapa, vuelve, cierra,
Huye otra vez, revuelve mas furiosa;
Y de lanzas y dardos densa nube
El sol entolda y á los cielos sube.

Mas él es... Almanzor! Rojo el turbante
Sobre la hueste infiel descuella tanto,
Que cual coloso ó bárbaro gigante
El corpulento moro pone espanto:
Fiero rival de Alcides, arrogante
Ancha piel de leon viste por manto,
Que unido con dos garras de oro puro
Sobre el hombro siniestro va seguro.

Hijo feroz del África, en su seno
Descubre de su madre la fiereza,
En su sangre del áspid el veneno,
Y del tigre en su pie la ligereza:
Tendido el arco, de temor ageno,
De los montes penetra en la aspereza;
Y á la hircana leona embravecida
Los hijos arrebató en su guarida.

La caza y los peligros son su encanto,
Sus amores las lides sanguinosas,
Su música mas grata el triste llanto
De huérfanos, de madres y de esposas:
Cubre su nombre de terror y espanto
Las vecinas naciones belicosas;
Y la victoria, fiel á sus deseos,
Le ofreció en cada lid nuevos trofeos.

Aunque de noble estirpe, nunca pisa
Del palacio los pérfidos umbrales;
Nunca con blando halago ó falsa risa
Dora aleve sus odios capitales:
Su torvo ceño y su bramido avisa
El furor de sus ímpetus mortales;
Y cual rayo y relámpago, en un punto
Véense el amago y la venganza juntos.

Hora á una voz la hueste envanecida
 Por supremo caudillo le pregona,
Vengador del Profeta le apellida,
 Y audaz le ofrece la triunfal corona:
 Mientras la madre patria enternecida
 En sus brazos sus hijos abandona;
 Y hasta el monarca mismo pone ufano
 La sacra enseña en su invencible mano.

Mas ya con lento paso van creciendo
 De los montes las sombras desiguales,
 Y en el rojo occidente apareciendo
 Cárdenas nubes, lúgubres señales:
 Ya toca á recoger el ronco estruendo
 De añafles, trompetas y atabales;
 Y ordenándose en rápida carrera,
 Obedece veloz la hueste fiera.

Al pie de un monte que el contorno otea,
 El campo asienta el bárbaro africano;
 Y en ver desde su altura se recrea
 Nacer un pueblo en el tendido llano:
 Con mil confusas luces centellea
 Desde la playa hasta el confin lejano;
 Y en la atezada noche véense claras
 Selvas ardiendo, lumbres y almenaras.

Allá dentro del mar, sobre la cumbre
 Del altísimo escollo, inmensa hoguera
 Arde también, y con su viva lumbre
 Tocar parece la celeste esfera:
 Centéplala la absorta muchedumbre
 Cual si ardiente volcán del mar naciera;
 Y con pavor y asombro desde lejos
 Vé en las ondas los pálidos reflejos.

A su confusa luz atalayando
 En ancho cerco la llanura inmensa,
 Vela Almanzor con su invencible bando
 Del fuerte antemural en la defensa:
 En sus robustos hombros estribando
 Del imperio la mole vé suspensa;
 Y con inquieto afán en la alta torre
 La mar domina y su estension recorre.

Con sublime terror le lisonjea
 El ronco viento que en su torno zumba,
 El ancho mar que enrojecido ondea,
 Y el ponto hirviente que á sus pies retumba;
 Mientras el hueco monte titubea
 Al abrirle en su centro inmensa tumba,
 Que en sus senos sepulte semivivos
 A millares los míseros cautivos.

Mas del bárbaro imperio la fiereza
 Los diques rompe del celeste enojo;
 Y ya sobre su indómita cabeza
 Desciende el rayo á confundir su arrojo.
 De su poder, su gloria y su grandeza
 Ni rastro existe, ni se vé despojo;
 Quedando apénas, porque al mundo asombre,
 De tan gran reino por vestigio *un nombre*. *

Así del Asia en la region distante
 Crecieron cien imperios poderosos,
 Que hasta el cielo con ánimo arrogante
 Levantaron sus vuelos orgullosos:
 Y hora al pisar el triste caminante
 Los áridos desiertos espantosos,
 Pisa con sacro horror y muda pena
 Hundidos cien imperios en la arena.

* Vélez de la Gomera.

ZARAGOZA.

POEMA.

« Compúsose este Poema para disputar el premio ofrecido á nombre de la nacion por la Suprema Junta Central, poco despues de acaecida la rendicion de Zaragoza en el año de 1809; sin que importe al público saber ni las causas á que se atribuye el que no se manifestasen las resultas del concurso, al cabo del término prefijo, ni los datos que tiene el autor para creer que este Poema, tal cual sea, habia sido elegido por dos jueces tan competentes eh la materia, como D. Melchor Gaspar de Jovellanos y D. Manuel José Quintana, para que en él recayese el premio. Lo cierto es que, habiéndose retardado el que se diese este, sobrevinieron luego las desgracias que affligieron á la Patria en aquel aciago año, y que acarrearón por último la invasion de Andalucía por el ejército enemigo y la disolucion del Gobierno: en cuyas circunstancias, habiéndose el autor refugiado á